

## Witold Gombrowicz. La lección del *Diario*

Anna Caballé

Anna Caballé es profesora de Literatura Española e Hispanoamericana en la Universidad de Barcelona. Recientemente ha publicado *Una breve historia de la misoginia* (Lumen, 2006). Es autora, asimismo, de la biografía *Francisco Umbral, el frío de una vida* (Espasa, 2004) y de *Cinco conversaciones con Carlos Castilla del Pino* (Península, 2005), y coordinadora de la obra en cuatro volúmenes *La vida escrita por las mujeres* (Lumen/Círculo de Lectores, 2004). Dirige la *Unidad de Estudios Biográficos de la UB* y es editora de la revista *Memoria*.

I

En fechas muy recientes se ha publicado la edición íntegra de los diarios de Witold Gombrowicz- *Diario (1953-1969)* (Barcelona, Seix Barral, 2005) –en la traducción (ahora revisada) de Bozena Zaboklicka y Francesc Miravittles y en el seno de un amplio proyecto de edición de su obra completa. Buena parte de esos diarios, la escrita entre 1953 y 1961 era conocida del público español, pues fue publicada por Alianza Tres, entre 1988 y 1989. Sin embargo, nos quedaban por conocer las últimas anotaciones del escritor polaco, las correspondientes al periodo final de su vida, de 1961 en adelante, hasta su muerte ocurrida en Vence, en 1969. Ahora, finalmente, disponemos de la escritura completa, de las primeras (y célebres) entradas configuradas como una cerrada poética moral («Lunes. Yo./ Martes. Yo./ Miércoles. Yo./ Jueves. Yo»), a las últimas, que incluyen un nostálgico listado de amantes argentinos o la postrera crítica a Polonia como país incapaz de reaccionar adecuadamente a la situación política que sufre.

La verdad es que la figura intelectual de Gombrowicz impone. Ya imponía en vida, cuando él hacía lo posible en su trato personal por desenmascarar la hipocresía de la vida literaria, transformándola en un escrutinio sobre las verdaderas fuerzas de cada uno. Una anécdota, que él mismo recoge, malhumorado, en su diario, define bien su alergia a las frases hechas, a las actitudes que él veía faltas de verdad y que suelen intercambiarse sin mayores escrúpulos en cualquier encuentro social, y por supuesto también literario. Se organizó un Congreso de Escritores en Buenos Aires (octubre de 1962) auspiciado por el Pen Club argentino: hasta allí fueron John Dos Passos, Stephen Spender, Salvador de Madariaga, Alain Robbe-Grillet... A Gombrowicz se lo llevaban todos los demonios. No le habían invitado a participar, obviamente le interesaba el encuentro y las posibilidades que le ofrecía para darse a conocer... Vivía, para mayor desesperación suya, a seis cuadras del lugar de los encuentros, de modo que en algún momento no resistió el acercarse hasta allí. Nada más verlo, se le aproximó el joven crítico –joven en 1962– Michael Butor y le dijo:

- Gombrowicz? Vous êtes connu en France.

Es seguro que el escritor polaco le clavó una de esas miradas suyas ante una frase que él creía banal, es decir dicha sin mayor conocimiento. Detrás de una de esas miradas el escritor solía estar ausente. Y le respondió:

- Mais vous? Est-ce que vous me connaissez?

Fin de la conversación. Butor no le había leído.

## II

El trasatlántico, pintado de un blanco radiante, en el que viajaba Witold Gombrowicz invitado por la empresa naviera propietaria del buque, atracó en el puerto de Buenos Aires en pleno invierno, el 22 de agosto del año 1939, después de tres semanas de travesía desde Polonia. El escritor tenía 35 años y formaba parte de un viaje promocional de la empresa –la comunidad polaca en Argentina era relativamente importante–. Un viaje de ida y vuelta, que

debía retornarle a su país en poco más de un mes. Al primer secretario de la embajada polaca en Argentina, Jeremi Stempowski, se le pidió que recibiera a los viajeros del *Chobry* con toda la pompa posible y, en efecto, los cócteles, las partidas de bridge y los tés danzantes se sucedieron a la llegada del barco a la capital argentina. Gombrowicz sabemos que se sintió de inmediato fascinado por Buenos Aires, por la extranjería del ambiente, aunque nunca pudo definir qué era lo que le atraía exactamente ¿acaso le atrae —piensa en su diario más adelante— su «inferioridad intelectual» respecto de Europa, el hecho de poder experimentar allí la belleza de los cuerpos con una libertad que desde luego no conocía en Polonia? Gombrowicz aprovechó la estancia para callejear una y otra vez por la calle Florida, para deslizarse entre el gentío habitual de la calle Corrientes, como se evoca después en su novela *Trans-atlántico* (1952). Pero una semana más tarde las tropas alemanas invadieron Polonia y eso significó nada menos que el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. La noticia llegó de inmediato a Buenos Aires, como es lógico. El capitán del *Chobry* decidió regresar enseguida, aunque no a Polonia que ya estaba en guerra sino a Inglaterra, país todavía neutral.

¿Qué podía hacer Gombrowicz? ¿Regresar como tenía previsto e intentar luchar para defender la patria en peligro? ¿Quedarse en Buenos Aires con los pocos dólares que llevaba consigo, más que suficientes para un viaje de turismo pero inanes ante el reto de levantar con ellos una nueva vida? El escritor estuvo dudando hasta el último momento, literalmente. De hecho fue con sus maletas hasta el puerto y subió al barco. A punto de retirar la pasarela, Gombrowicz volvió precipitadamente al muelle con su equipaje. Estaba temblando de la cabeza a los pies, consciente de la trascendencia de su decisión: «no sé qué hacer» le dijo a Stempowski. Retiraron la pasarela y Gombrowicz se quedó en tierra. El primer secretario trató de tranquilizarlo y le buscó acomodo: una habitación en una pensión limpia y con buena cocina (eso era importante: a Gombrowicz le gustaba comer y no sabía siquiera prepararse una taza de té). La idea era quedarse el tiempo que durara la guerra, pero se quedó mucho más. Veinticuatro años más, para ser exactos.

Un año después de ocurrir la escena del muelle, en 1940, el escritor ya se ha mudado un par de veces de domicilio y vive, malvive para hablar con propiedad, en un conventillo (los que conocen Perú o Argentina saben lo que eso significa: un lugar destartalado y sucio con habitaciones donde la gente pobre lucha por salir adelante). El sufrimiento moral del escritor aquel año y los siguientes es indecible: lo ha perdido todo, familia, posición social, patria, futuro... No sólo no tiene nada sino que no ES nada. Incluso la ropa que le roban a poco que se descuida en las míseras habitaciones sin llave en las que se hospeda le recuerda su miserable condición. No tiene nada más que su espíritu, un mundo interior que le sostiene más allá de la adversidad. No sólo le sostiene sino que adquiere un nuevo empuje en esos años desesperantes. En ese mundo interior suenan, sólo para él, los versos de Pushkin, las sonatas de Bach, la quinta sinfonía de Beethoven (que podía tararear casi íntegramente), los dramas de Ibsen, los movimientos del ajedrez... Podría, fácilmente, suponerse que el ajedrez cumple una función parecida en Zweig, en Nabokov y en Gombrowicz: los tres grandes intelectuales vinculados a la cultura centroeuropea de principios del siglo XX, se apasionan por este juego cuando se sienten acorralados por las razones que todos conocemos y desarrollan, en la modesta pero implacable superficie del tablero, brillantes y arriesgadas jugadas con las que poder debilitar y por supuesto vencer al adversario. Tal vez así logran compensar imaginariamente el rico patrimonio que perdieron en sus países de origen. No sé, sólo es una intuición, pero me gustaría estudiarla algún día.

En cualquier caso, jugar al ajedrez fue en Buenos Aires la distracción preferida de Gombrowicz, le ayudaba a calmar los nervios en la difícil situación en la que este hombre se encontraba: al concentrarse en la partida se olvidaba de todo lo demás. Gombrowicz jugaba siempre en la confitería *Rex* que se convirtió muy pronto en su segunda residencia, sin importar donde se alojara. Allí escribía, conversaba, comía, jugaba sus partidas, leía los periódicos, recibía a los desconocidos...

Gombrowicz era un hombre tímido, nervioso, de costumbres ascéticas, no le gustaba el alcohol. Por suerte para él no necesitaba el lujo. Era orgulloso, formalista, distante, leal con sus amigos, consciente de su inteligencia superior pero consciente también de sus dificultades para manejarla. Era un hombre hecho a una cultura que no se avergonzaba de decir su nombre. Una personalidad individualista, solitaria, poco amiga de hacer concesiones personales para mejorar su situación, con un sentido extremo de la dignidad y del respeto ajeno. Eso con el tiempo le generaría un grupo de amigos incondicionales deslumbrados por su integridad intelectual y por su talento. Amigos jóvenes, por supuesto. Su sentido de la amistad y de la entrega era indiferente con aquellos que habían cumplido ya los treinta años: Gombrowicz creía que podía ejercer una influencia eficaz, incluso trascendente, en los jóvenes pero no en los adultos, seres hechos ya a su destino y marcados por el artificio, las convenciones y el automatismo de los reflejos fatalmente condicionados. No sé si estoy de acuerdo con su planteamiento excluyente de la madurez, para él sinónimo de rigidez –él mismo es un ejemplo magnífico de evolución personal– y creo que se equivocó pensando que sólo los jóvenes aceptarían su magisterio socrático pero, en cualquier caso, así lo veía él, y vivió situaciones de una gran intensidad emocional. Ah, los «pequeños placeres» que Gombrowicz descubre en Argentina...

Como es natural, esa forma de ser distante y escrutadora –hay que decir que un joven suele aceptar el escrutinio, incluso puede divertirse, porque lo ve un juego que no le compromete puesto que el joven no ES todavía plenamente, pero para un adulto es diferente: el escrutinio puede verse como una ofensa personal–. Bien, esa forma distante y escrutadora despertó también el rechazo de una burguesía culta (el círculo de Victoria Ocampo y la revista *Sur*) que, aun sin comprenderlo, detestaba su «aristocracia espiritual», por utilizar una expresión que gustaría a Gombrowicz, aunque no tiene ningún sentido utilizarla ahora, pensando en el presente.

La dura, al tiempo que larga y transformadora, experiencia argentina convenció a Gombrowicz de que la vida, en sus fundamentos, es trágica. A su amigo Paulino Frydman, el propietario de la confitería *Rex*, no le cabía duda que Gombrowicz era el hombre más serio, en el mejor sentido de la palabra, que había conocido en su vida. La ironía, el amargo sarcasmo con que muchas veces escribe esa convicción de la gravedad de la vida, no se presta a confusiones:

¿Ser un bromista? se pregunta en 1961, tal vez recordando que así le definía el periódico *La Nación* a su llegada a Buenos Aires por una lectura superficial de su novela *Ferdydurke*.

Oh, no... ¡Eso no va conmigo! ¡No lo esperéis de mí! No estoy hecho para distraeros con bromas... Pero la pregunta es ¿qué puedes hacer si la Broma te acecha por todas partes, si estás cercado por la Broma?. (1961)

Me pregunto qué diría Gombrowicz ahora, cuando la broma es prácticamente la única expresión aceptada de nuestra cultura.

## III

En su lamentable condición de escritor sin un céntimo, en 1946 se anima a traducir al español su novela *Ferdydurke* ayudado por un grupo de amigos que por supuesto trabaja caóticamente en las mesas de la confitería *Rex*. Un grupo que él mismo convirtió en mítico integrado por Adolfo de Obieta, Virgilio Piñera, Humberto Rodríguez Tomeu y parcialmente Ernesto Sábato y Raimundo Lida. Un tanto ingenuamente el escritor polaco cree que esa traducción a tantas manos pondrá fin a sus penurias de todo tipo y que la novela le dará la proyección intelectual que necesita y merece. Finalizada la traducción escribe al novelista Eduardo Mallea, responsable de Emecé Editores y también parte de esa burguesía en la que Gombrowicz no se reconoció y que caricaturizaría en *Trans-atlántico*:

Conozco su pasión por la literatura y estoy seguro de que si usted llegara a la conclusión de que el libro tiene valor me daría su apoyo. Apoyo que necesito pues le confieso hundirme de modo suave pero seguro en ese mundo de la eterna postergación.

Nadie recuerda qué pasó con esa carta, ni siquiera si salió de la confitería *Rex* donde fue escrita. El hecho es que la novela se publicó en una editorial menor, Argos, como estaba previsto y la postergación del escritor siguió su curso.

De modo que catorce años después de su llegada, una vez constatado su fracaso literario, excepto entre una minoría de iniciados, Gombrowicz empieza a escribir su *Diario* que seguirá manteniendo activo hasta su muerte. De 1953 a 1969.

Ante mí nada, ninguna esperanza. Para mí todo ha terminado, nada quiere comenzar. ¿Mi balance? Después de tantos años, llenos a pesar de todo esfuerzo intenso y de trabajo, ¿qué soy? Un empleadillo, asesinado siete horas diarias ocupándome de papeleos, estrangulado en todas sus empresas de escritor. Nada, no puedo escribir nada aparte de este Diario.

Es la forma elegida para sus colaboraciones regulares en la revista polaca *Kultura*, publicación de enorme prestigio editada en París y destinada a recoger las voces desperdigadas de la emigración polaca. Es también una idea luminosa que le permitirá en lo sucesivo proyectar su obra sin necesidad de recurrir a esos mediocres intermediarios entre el artista y el público que son los críticos (a los que desdeña, en magníficos y airados pasajes, por su cobardía intelectual y por su hostilidad a la verdadera literatura). Junto a ello, escribir un diario le permitirá experimentar con una forma expresiva extraordinariamente libre, yo diría que la más libre de todas. La lucha por la autenticidad, perceptible, casi palpable en sus diarios, poco tiene que ver, en mi opinión, con el impulso novelesco que a veces se le ha querido dar a su escritura autobiográfica. El diario es una práctica (así lo define Philippe Lejeune en *Un journal à soi*) que tratándose de Gombrowicz alcanza la categoría de obra de arte sin que por ello sus diarios pierdan la cualidad esencial: no estamos hablando de una escritura retórica, mera gimnasia de una pluma profesional y más o menos «dietarizada», sino del soberano espacio de una lucha por ser él mismo, de una necesidad que tiene el escritor de definirse ante las circunstancias que le tocan vivir y que acepta, o no, pero de las que deja un testimonio impresionante. Él, sin embargo, es el tema y la lección que prevalecen en su lectura.

De forma que ese *Diario* se convertirá en un documento literario extraordinario donde Gombrowicz —un hombre solo, perdido, ahogado, aislado, extraño, desconocido en Argentina— da cabida a su personalidad inevitablemente escindida: por un lado está el hombre que vive, que siente, sufre y piensa. Por el otro, está el hombre que se ve vivir, el biógrafo de sí mismo, el que mantiene un diálogo permanente y obsesivo con su país natal, con la cultura polaca, que se avergüenza de su erotismo tardío, que analiza su pasión por los cuer-

pos jóvenes, que no sabe cómo definirse ni si considerarse homosexual pero, en cualquier caso, un escritor capaz de expresar sus sentimientos con la mayor franqueza posible. Ahí está su grandeza.

Gombrowicz en tierra extraña procede a moldear su persona desde una nueva e inesperada situación, y sus diarios dan cuenta exacta de ese proceso convergente, cuando la escritura personal se funde con la historia proporcionando un documento impagable.

Como él mismo admite con su inteligencia característica, su diario representa algo nuevo en la historia del género, un hallazgo importante, algo que no se encuentra en ninguno de los diarios anteriores al suyo y que lo convierte en una escritura experimental, en paralelo a las profundas transformaciones de la vanguardia europea. En efecto, el escritor recurrirá a dos voces –«yo» y «Gombrowicz»–, a dos formas gramaticales (la primera persona y la tercera) para dar entidad literaria al gran problema al que se enfrenta tanto la esfera del conocimiento como la del arte en el ámbito autobiográfico ¿Objetivismo? ¿Subjetivismo? Es una oposición clásica sobre la que trabaja Gombrowicz para transformarla en un ejercicio de libertad. Las dos voces narrativas que confluyen en sus anotaciones aspiran a reflejar una doble mirada: narrativa/ subjetiva/ «yo» y histórica/ objetiva/ «Gombrowicz». Biografía y metabiografía a un tiempo:

El gran estilo –anota «Gombrowicz»– posee su propio maestro de ceremonias, así como su conferenciante y su comentarista. De modo que la distribución en voces estaba justificada por la misma estructura del estilo y fuertemente fundada en la realidad (1959).

Una experiencia muy enriquecedora la de referirse a uno mismo en primera y tercera persona: la primera acerca, habla desde dentro; la segunda aleja, describe desde fuera. Es como defenderse y desenmascararse a un tiempo.

Sin embargo, la reflexión más persistente es la relacionada con el modo en que la cultura polaca se ha enfrentado a los dos acontecimientos históricos de mayor magnitud desde su partida en 1938. Esto es, la guerra y la revolución del proletariado impuesta por el nuevo régimen marxista. ¿Es que un polaco del año 56 puede escribir como si viviera en 1938, se pregunta una y otra vez? ¿Es que esas dos intensas y radicales experiencias que llevan todos los polacos en la sangre pueden nombrarse directamente, a la ligera, sin que eso suponga una impugnación radical del lenguaje, una transformación de la conciencia? Para G., que sigue con la puntualidad que puede el retraso en el recibo de las publicaciones polacas, los escritores de su país no han asumido los profundos cambios que les ha tocado vivir. Siguen inmersos en una liturgia anacrónica, abastecida de valores ficticios, de palabras desposeídas de verdad. ¿De donde viene esa incapacidad para reaccionar adecuadamente a los profundos cambios vividos con la implantación del comunismo? G. elabora una hipótesis interesante: la noción de individualidad, dice, no ha supuesto históricamente, en Polonia, un verdadero ejercicio de responsabilidad moral. La noción de individuo se refugió en actitudes aparentes, incluso histriónicas, sin embargo no afectó al compromiso personal.

Los polacos cayeron en los engranajes de hierro de la vida colectiva sin una preparación histórica adecuada que hiciera invencible su vida individual, de modo que hoy (por 1956, año de profundas transformaciones políticas que concluyeron con la eliminación del politburó del mariscal Rokossowski) muchos sencillamente no saben cómo ser ellos mismos de una manera honesta, respetable y vital.

De algún modo, G. aspiraba a contagiar a sus compatriotas con el ejemplo de su propia escritura, de su diario publicado regularmente en la revista *Kultura*, esa necesidad de disponer de suficiente firmeza, como individuos, para enfrentarse a todo tipo de presión exterior.

## IV

Un día de febrero de 1963, Gombrowicz, que ha pasado los meses más calurosos del verano argentino en Uruguay para terminar su libro *Cosmos*, cuyo final se le resiste, con las maletas ya hechas para regresar a Buenos Aires, recibe una carta de París. Una carta que ha dado muchas vueltas hasta encontrarle y en la que se le pregunta si estaría dispuesto a aceptar una suculenta beca para pasar un año en Berlín. «Más de una vez, escribe G., había conocido esa bruma cegadora que invade los momentos más importantes de la vida». Era uno de esos momentos, evidentemente y el escritor sintió, como un escalofrío, que su suerte estaba echada. De pronto, su larga estancia argentina entraba en su recta final. Embarcó el 8 de abril, el tiempo justo para organizar la vuelta a casa.

G. viaja a París, de allí a Berlín donde comparte la experiencia de ser uno de los primeros invitados de la Ford Foundation junto con la escritora austríaca Ingeborg Bachmann, quien ha dejado un comentario memorable sobre su relación:

Si una imagen compartíamos, sin confesarlo, es que estábamos perdidos y que este lugar (Berlín) olía a enfermedad y a muerte. Vivimos por un tiempo en la Akademie der Künste, yo era al principio la única persona con la que él podía comunicarse en francés. Se sobreentendía que él podía preguntarme cosas, que yo le respondía, que le traducía sus telegramas al alemán y que nos prestábamos los servicios que pueden prestarse dos extranjeros en una ciudad extraña.

G. fue una de las pocas personas discretas que he conocido en mi vida, y no tengo mucho más que decir sobre este punto. Cuando dos personas discretas se encuentran, el resultado es un gran silencio y de vez en cuando algo de conversación.

El escritor tiene la impresión de que los alemanes no saben todavía cómo reaccionar ante su apoyo explícito o implícito a Hitler: andan todo el día lavándose las manos, como lady Macbeth, para eliminar los restos de sangre, observará sagazmente. Así, piensa, su cuantiosa beca no es más que un modo de conjurar su sentimiento de culpa, de buscar el perdón después de todo el mal ocasionado. G. no quiere transigir a pesar de las facilidades que encuentra a su alrededor y escribe sobre todo ello unas páginas prodigiosas en su diario. Estudia la posibilidad de instalarse en alguna ciudad europea que no cargue con el fantasma visible del pasado, piensa en Barcelona, una ciudad que le recuerda a Buenos Aires. Finalmente se afincará en Vence, donde pasa los últimos años. Muere en 1969, por culpa del asma.

Como siempre acertaba en sus profecías, se había cumplido la inquietud que le asaltó cuando en el barco que le traía de vuelta a Europa le instalaron en un confortable camarote. La primera noche en el restaurante cenó tan bien que anotó en su diario: «¿no será esta travesía un viaje hacia la muerte?» Lo fue pero nos queda su diario reunido por primera vez en castellano. Ahora, por fin, conocemos que le pasó de vuelta a Europa, a casa, qué pensó en aquellos últimos años que ya estaban tocados por la muerte. Años de reconocimiento literario, de premios importantes, que intentó aprovechar (como es lógico si uno ha vivido durante años en la mayor penuria) aunque se le criticara por ello, años pues de desahogo económico, de matrimonio con una joven canadiense, Rita Labrosse, que le atendió hasta el final. Digamos que, en su teoría de las compensaciones, a G. no le cabía duda de que su suerte había que leerla en clave, pues al ser humano no le es dada la facultad de conocer la plenitud como no sea muy fugazmente: la gloria literaria, que por fin se abría ante él no venía acompañada de salud para disfrutarla. Su última anotación es, como tantas, sobre Polonia. Se sorprende que sus compatriotas se muestren consternados por la paja ajena y no vean las enormes vigas con las que trasiegan ellos mismos. No comprende, el amante de la verdad, que los polacos denuncien la invasión rusa de Checoslovaquia y no sean cons-

cientes de que ellos son un país igualmente ocupado. «Quien se quita sus harapos está soberanamente desnudo, pero quien siente vergüenza y procura taparlos con la mano es un pobre hombre, un miserable».

Qué gran lección. Y da que pensar que ese diario por el cual G. ha alcanzado la mayor notoriedad nació de un fracaso literario. ¿Lo hubiera escrito de no hallarse solo y aislado, también lingüísticamente, en un país al que fue por azar? El curso preciso que adoptaron los acontecimientos políticos determinó la trayectoria literaria de Gombrowicz. Ya lo escribió él, la existencia es como un río que cuando encuentra un obstáculo inmediatamente empieza a buscar caminos nuevos por los que seguir fluyendo. De uno de esos nuevos cauces nació su *Diario*.

